

Predella de la venganza y el eco

El canónigo Molina, despreciado por su cabildo, decidió vengarse cuando supo que el vicario apostólico le acusaba de cobardía insuperable durante la guerra contra el francés.

Experto en artes oscuras, Molina conocía la exacta proporción de letras en escritura capaces de cegar a un adulto, fórmula que le llegó de los moriscos valencianos por vía materna.

Poner las letras nefastas en forma de poema con título grotesco, “*De ese tu par yo voy a hacer un cero*”, le llevó once meses, según dejó registro en un cuadernillo que ocultaba en el tabernáculo de su parroquia.

Fue ese cuadernillo lo que le delató y llevó al garrote, una vez el vicario quedó sin ojos. En su rostro se abrieron dos hoyos de antracita en círculos menguantes. Párpado, córnea, pupila y humor vítreo, todo ardió con crepitar de tea.

A los gritos del vicario se precipitaron en la sacristía un fraile de intendencia y el mancebo que hacía la centinela. Dos chorros de humo verde, dijeron, como surtidores pestilentes salían proyectados de los que fueran sus ojos.

En la mano izquierda el vicario estrujaba un folio que al fin devoró presa de dolores inhumanos. Sobre la mesa, un sobre.

Pudo leerse en el sobre: “Confesión de una feligresa concupiscente, en exceso avergonzada para acudir en cuerpo al sacramento”.

El vicario había debido de leer el poema con avidez y de un solo golpe porque el estropicio fue súbito e irreversible, dando la prisa mayor virulencia a la quema, como es sabido.

Sobrevivió a la ceguera, pero no pudo ver a su cegador sucumbir el garrote. Se apostó junto al cadalso y retuvo al fraile de abastos para oír la ejecución por minucia,

agarrado a su brazo con tanta fuerza que le causara dos ronchas. Luego el fraile las exhibía.

Sonaba irritada una y otra vez aquella voz de flauta: “¿Y qué hace ahora? ¿Le ves corroído? ¿Acaso llora? ¿Me ha mirado? ¿Se le diría arrepentido? ¿Hase sentado despacio o de golpe? ¿Le han dado ya al tornillo?”.

Escapó al poco de su boca un gemido que heló la sangre de los presentes cuando el fraile confirmó que ya el reo había expirado con el cuello partido, la lengua morada, los ojos abiertos e hinchados como huevos.

“¡Ah, muy corto ha sido!”. Y añadió frenético: “¿Abiertos? ¡Ah, Satanás! ¿Hinchados? ¡Así el fuego del infierno se los reviente! ¡Y a mi con ellos!”, aulló Molina antes de caer fulminado.

Entonces, de aquellos cuévanos calcinados se alzaron silbando como áspides sendas columnillas de humo que volaron hasta el ajusticiado. Todos vieron cómo le entraban a Molina por los oídos y le explotaban luego los ojos desde adentro. Algunas piltrafas salpicaron al verdugo.

No se les ha dado tierra en sagrado, ni al uno, ni al otro.